



HENRY DAVID THOREAU, *Poemas*, ed. y trad. de Javier Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2018, 336 pp. ISBN: 978-84-376-3815-7.

Si el lenguaje es, como diría Emerson, la tumba de las musas, resulta significativo que en el discurso fúnebre que pronunciaría a la muerte de Thoreau dijese que algunos de los versos de Thoreau eran la "vena más pura, y la más noble, creo, que ha repicado desde este bosque americano exento de poesía".

Esta edición de los poemas de Thoreau reconoce que el gesto de compilarlos no es un gesto que llevase a cabo él mismo. Sus poemas quedarían diseminados entre las obras que publicó y sus diarios. En un autor tan deliberado y reservado como Thoreau hemos de tener en cuenta que traducir y publicar un escrito es una extensión de su escritura y en consecuencia al preparar una edición de sus poemas no estaríamos reproduciendo las acciones que él mismo decidió llevar oficialmente a cabo con el propósito de ganarse el derecho a ser de nuevo un residente en la vida civilizada. Pero tal vez lo mejor de Thoreau, el motivo por el que se gana efectivamente ese derecho, es que la influencia que ejerce es liberadora y no quiere que seamos él, sino que podamos ser nosotros mismos. Esto no nos autoriza al arbitrio ni a editar sus cartas sin hacerles justicia, como ha ocurrido en nuestra lengua en alguna parte. No es el caso de esta edición, en que la traducción y puesta en común de los poemas que Thoreau escribió a lo largo de su vida mantiene el tono superior que él dio a sus textos: ser el pretexto de la trascendencia, ser una promesa.

La promesa que quizá por casualidades mitológicas tomó forma en la época de Thoreau fue la promesa de América. Bien entendida es tan actual hoy como entonces, y en ese sentido América fue y seguirá siendo el poema por excelencia. En realidad podemos darle el nombre que queramos puesto que existía antes de que así se la llamase. En 'Vida sin principio' diría Thoreau que América aún está por descubrir en el mismo sentido en que dijo que tan solo podemos habitar *a orillas* de la laguna de Walden, que los bosques han de placernos por encima de todo porque tal vez la única forma que tenemos de tratar de salvarnos es respetar lo salvaje del alma humana, que es lo único que nos interesa en la literatura. Como dice en uno de los poemas de este volumen: "Mi vida es más libre y civil/que cualquier urbanidad" (p. 136).

*Walden* sería el gran poema de Thoreau o su América, inalcanzada pero alcanzable, en la medida en que representa su esfuerzo sincero por

vivir una vida superior y digna, por dignificar la mañana empañada por la fugacidad de las cosas y los seres queridos. Como toda obra que se precie, *Walden* es un diálogo entre un eremita y un poeta. Ambos conversan para que el alma del poema sea y para que pueda ofrecerse la posibilidad de recibir a la primavera con un gesto de gratitud.

Thoreau caminaba como vivía, y en 'Caminar' nos dice que el paradigma del caminante es el *saunterer*. Nos dice que el origen etimológico del *saunterer* puede ser doble: de "sans terre", "sin tierra", en la medida en que quien camina salvajemente es de toda la tierra y de ninguna, o de "Sainte Terre", "tierra santa", en tanto que quien camina salvajemente lo hace yendo hacia Tierra Santa. Si como dijo Emerson el arte es el camino del artista hacia su trabajo, la cabaña que trató de construir Thoreau a orillas de Walden sería una imagen de la tierra santa a la que el *saunterer* se dirige. Este peregrinaje ha de ser hacia las fuentes con el propósito de empezar a vivir o vivir deliberadamente de nuevo. Dichas fuentes no son otras que las fuentes del asombro:

Es una tierra prometida que no he ganado,  
aún no he cultivado  
con mano sagrada, ni siquiera he aprendido  
a poner los cimientos. (p. 311)

Si el poeta es el que efectivamente dice, pero buscamos en vano al poeta que describimos porque se demora (p. 100) y la naturaleza del ser humano es la del peregrino, la mejor forma de presentar los poemas de Thoreau es disponerlos como semillas que prometan un fruto más salvaje y más sagrado, que muestren que toda la literatura aún está por escribir. Javier Alcoriza los ha dispuesto y respetado en este sentido, y se hace cargo de sus avatares editoriales siguiendo el texto fijado por Elizabeth Hall Witherell en HENRY DAVID THOREAU, *Collected Essays and Poems*, The Library of America, New York, 2001. Henry S. Salt y Franklin B. Sanborn prepararon la primera edición de los poemas de Thoreau en 1895, con Thoreau ya fallecido, incluyendo cambios no autorizados. En 1943 Carl Bode llevó a cabo la primera edición crítica de los poemas, y Hall Witherell mantiene en su mayoría el texto fijado por Bode. Hall Witherell tuvo acceso a nuevos manuscritos y ofreció, de los poemas que tienen varias versiones, las últimas revisiones hechas por Thoreau.

Como el poeta de Saffron Park de Chesterton, podríamos decir que el poema más asombroso es el cosmos o lo que de este tiene un tren, un lápiz o la posibilidad de un diálogo. Pese a sus diferencias y altibajos, la amistad que Thoreau y Emerson mantendrían a lo largo de su vida puede entenderse como la mejor forma de comunidad humana: la comunicación entre dos completos desconocidos que mueve todas las fuentes del asombro. Tal vez fuese este el mejor poema de Thoreau, del que los poemas que encontramos en este volumen son imágenes y pequeñas hojas

de hierba de extraordinaria belleza pues, como señala Alcoriza que dice Bode en su edición:

Thoreau teorizó [sobre la poesía] durante casi tres décadas, pero compuso poemas, con celo, solo un puñado de años. En ese hecho reside una de las causas principales del olvido continuado de sus versos. La pérdida de interés del propio Thoreau fue duplicada por la del resto del mundo. (p. 10)

Probablemente esto se debiese a que Thoreau no buscaba ser un poeta de metros sino de argumento metrificador ("Mi vida ha sido el poema que habría escrito" p. 131), y tal vez lo mejor que puede ofrecer este libro, aunque la amistad también se demora (p. 167), es la posibilidad o la promesa de un mundo y de una amistad de nuevo.

Tratémonos como dioses,  
y compartamos toda la fe  
en la virtud y la verdad,  
y quede la sospecha  
para dioses inferiores.

Dos estrellas solitarias,  
lejanos sistemas ignotos  
ruedan entre nosotros,  
pero por nuestra luz consciente estamos  
destinados a un polo. (p. 95)

135

Aunque la jerarquía de los nombres forme parte de la superficie de las cosas y no sepamos, no parece descabellado proponer que la unidad disolvente del todo es algo bueno. "El gran amigo/habita en el fin de la tierra" (p. 232).

***Fernando Vidagañ Murgui***